

DOCUMENTOS

En siete escasas páginas, Rubén Darío publicó esta interesante «Crónica», en el número 5 de marzo de 1892 de la *Revista de Costa Rica*. La dirigía el ilustre poeta costarricense, y amigo suyo, Justo A. Facio. Figura entre las páginas 317 y 323. A punto de cumplirse el centenario de la muerte del gran poeta hispanoamericano, en 2016, LETRAS incluye este documento que su autor seguramente escribió en Costa Rica, durante su breve visita de aquel año. En varios de sus escritos, Darío siempre expresó su afecto y simpatía por el país vecino de su patria natal; aquí forjó buenas amistades, y los historiadores de la literatura no tienen duda de que su presencia, física e intelectual, influyó mucho en el desarrollo de las letras costarricenses.

Esta «crónica» bien puede tomarse como un verdadero cuadro de costumbres, modalidad que se cultivó con frecuencia y esmero en Centroamérica, en especial durante el último cuarto del siglo XIX. Darío era un joven escritor de veinticinco años, pero ya era dueño de una pluma diestra de un innegable talento que muy pronto se le reconocería en todo el Continente. Ya había publicado tres breves libros de poemas, incluido su célebre *Azul...* y estaba escribiendo y reuniendo las páginas que titularía, años después, *Prosas profanas*.

Está por cumplirse un siglo desde la desaparición física del poeta centroamericano que tanto influyó en las letras hispanoamericanas y peninsulares, y que tanta bibliografía crítica ha producido. Como homenaje al centenario, LETRAS contribuye con este pequeño hallazgo bibliográfico, un poco olvidado quizá, sobre un fragmento de la vida y la sociedad de finales del siglo XIX en Costa Rica.

SHERRY E. GAPPER
Directora

Crónica

(Chronicle)

De los pueblos risueños, del campo bondadoso, del puerto lleno de bullicio y vida, de dar aire y fuerza a los pulmones, de buscar salud y alegría volvieron las familias emigrantes. San José había quedado triste, sin la mayor parte de sus josefinas. Hervía el Limón, repoblado, henchido; el dinero se gastaba allá con furia. Era la cana al aire del año. En las mansiones campestres se organizaron jiras y fiestas. Los pájaros joviales, formaban su bullicio sobre las risas de las damas que se divertían. El baño era en los ríos claros a la luz del sol de la mañana. Las niñas van a la orilla del río, unas a pie, otras a caballo. La que va adelante sonríe a su primo; la que va por último, es rubia, tiene los ojos azules; se detiene de cuando en cuando para hacer un ramillete de flores campestres. El almuerzo en pleno aire es delicioso, cuando en los rizos de las niñas tiembla el agua en diamantes. Todo el mundo es gracioso. Todo el mundo está contento. Se ríe y se come; se dicen ocurrencias chispeantes. Los hombres que llegaron de bañarse de más lejos, dan vuelo a la broma. El que tiene camisa de lana gris, corbata pintoresca y sombrero de paño, está mirando a la novia, que lleva el ala de pollo fiambre a la boca roja y pequeña. Tras el aperitivo número 8, resuena una salva de apollinaris¹. Después, cuando el sol pica, a la casa. Pero lo fino es cuando hay baile, y vienen los vecinos de las quintas cercanas. Entre los adornos de ramas verdes, resaltan los buqués, hechos por manos blancas, en el jardín. Los jóvenes charlan y ríen con las animadas señoritas, y cuando el piano echa a volar el wals, ya están las parejas listas.

En el puerto, frente al Atlántico, todo era andar de aquí a allá, siempre llevando la mano al bolsillo o a la boca. La Uvita tuvo su

1 Es un tipo de bebida gaseosa, de la época (N. de la E.)

jubileo²; y la uva el suyo. Por las calles danzaba el negro, al son de marimba. Los hoteles vaciaban las bodegas en las mesas. Las despensas pletóricas quedaron tísicas. Todo era caro. Los trenes volvieron jadeantes, cargados con los viajeros. Por las calles de San José vuelven a dejarse ver las preciosas ausentes.

La Semana Santa estuvo... ¡pero Dios mío, si aquí no hay Semana Santa! Se sabe que se está en ella, por la lánguida mirada que da el pescado sobre la fuente, porque no se come carne en la casa, y porque oye uno campanas y no sabe dónde. Es decir, porque no oye las de las iglesias desde el día en que el Cristo muere, hasta aquel en que resucita. Un Nicaragua —mi paisano— me dijo entre nostálgico y afligido: «—Hombré, ¿te acordás de la Semana Santa de León?» ¡Vaya si me acuerdo! Va el domingo de Ramos el Jesús triunfal, bajo palio lujoso, montado en su asno; el prefecto lleva las bridas. San Benito es el del lunes; todo el día para él, y por la noche todo un pueblo le acompaña en su procesión; sobre diez mil luces de cera negra va la estatua del santo negro. El martes San Pedro llora alrededor de la plaza mayor, frente a la vieja, fuerte y chata catedral. El miércoles San Sebastián recorre las calles, cubierto de flechas, amarrado al árbol del martirio. El jueves, a media noche, al eco de las trompetas, va el Cristo prisionero; después que ha visto la población la urna de oro en donde va el *lignum-crucis*³. El viernes pasa el entierro del Justo; tras él las caudas sacerdotales, soldados y cañones del Gobierno; en tanto, toca que toca, en la torre de las grandes campanas, se desgonza la matraca. El sábado se canta gloria, se oye en el campanario el bronce, frente al cuartel el cañón, y por todas partes, cohetes, bombas y balazos. El domingo, Jesús resucita, y el lunes ¡todavía otra procesión! Se va a los cielos, camino de la iglesia del Calvario. «Hombré, ¿te acordás de la Semana Santa de León?» Amigo mío, ¿ya ve usted que no se me ha olvidado aún?

2 Isla Uvita, situada en la costa del Caribe costarricense (N. de la E.)

3 *Lignum crucis*: la madera de la cruz (N. de la E.)

Resumen de la que acabamos de ver aquí: unas cuantas tristes procesiones; poco fervor; y la fama de los beefteacks [*sic*] y aves fritas de los hoteles, en los días en que manda riguroso ayuno la Madre Iglesia Católica.

* * *

Y a propósito de... cañonazo, ¡qué lástima nos da de los que se han quedado ayunos de armonía, de los que no han asistido a los conciertos O'Leary o Mollenhauer!⁴ Las graciosas artistas lo son por compleción, por temperamento. Las hadas aquellas de la cuna que te dan citadas ya no quieren salir de mi tintero, les ofrendaron el precioso don con que hoy encantan y entusiasman. Al oírlas, no pude menos que recordar los versos de un poeta, íntimo amigo mío, a quien no he citado nunca:

*Va la manita en el teclado,
como si fuese un lirio alado
lanzando al aire la canción...*⁵

Hacen cantar el piano. Ese instrumento burgués y amenazador, se convierte por la maravilla de la ejecución, por el talento de esas niñas, en una caja de música divina.

Lo que hay mejor en esas gemelas del arte, es el gusto, un gusto exquisito. Ambas lucen una corona de perlas en la aristocracia de la música. Los grandes maestros de Alemania son sus preferidos. ¡Sus dos almitas adolescentes van arriba, muy arriba! Las habría querido el padre Wagner. De Beyruth viene el viento armonioso que agita la cabellera oscura y espesa de estas costarriqueñas. La una tiene catorce años. La otra tiene quince años.

4 Darío podría referirse a la pianista Mercedes Ramírez de O'Leary (s. d.) y a Edward Mollenhauer (1827-1914), compositor y violinista estadounidense. (N. de la E.)

5 Estos versos pertenecen al propio Darío; proceden del poema «El clavicordio de la abuela», fechado en 1891, recogido en *Poema del otoño*. (N. de la E.)

Y este mes ha sido para los amantes de lo bello. Hemos tenido la dicha de ser visitados por dos maestros, por dos artistas de fama crecida y justa: los violinistas Mollenhauer. Eduardo es un veterano. En la batalla se ha emblanquecido la cabellera. Guillermo es el hijo, un joven de largos cabellos negros, nervioso, delgado, en el cual se ve la posesión del «deus». Ambos se adueñan de un auditorio; ambos tienen arcos mágicos; sus violines avasalladores tienen el prestigio de lo maravilloso. Sus conciertos fueron triunfos. El público ¡no todos gustan del vino del Rhin! no fue tan numeroso como era de esperarse. La prensa sí cumplió con su deber, les colmó de aplausos, les ofreció su homenaje. Pedro Ortiz, el severo e impecable, se decadentizó al influjo armónico: me dedicó en el *Diario del Comercio*, una lámina de plata, incrustada en finos mosaicos. Le doy de paso las gracias. En conclusión, los Mollenhauer han sabido dejar en Costa Rica bien plantado el árbol de su recuerdo. Cuando queramos gozar con el eco de sus armonías cortaremos de ese árbol una flor.

* * *

Una flor no, dos coronas de ciprés quedarán en el fin de esta crónica, a la memoria de dos varones ilustres que acaba de perder Costa Rica.

Por el uno se enlutó la Patria; por el otro la sociedad. El doctor José María Castro, es el uno: patricio, padre de la República. El otro es don Ernesto Rohrmoser, caballero entre los caballeros, noble y generoso corazón, hombre de alma límpida, joya social. Ambos fueron llorados y lamentados⁶. Si Costa Rica tuviera su Pantheon, estarían hoy bajo el glorioso techo, entre fúnebres guirnaldas, silenciosas, benditas, las dos tumbas.

RUBÉN DARÍO.

6 El autor se refiere a José María Castro Madriz (1818-1892), presidente constitucional de Costa Rica durante dos periodos: entre 1847 y 1849, y entre 1866 y 1868; y a Ernesto Rohrmoser Carranza (1843-1892), empresario de la actividad cafetalera, de descendencia alemana. (N. de la E.)